

POR QUIÉN LLORAN LAS CAMPANAS

Seminario Alavés de Etnografía

POR QUIÉN LLORAN LAS CAMPANAS

Lloran por Patxo Fernández de Jaúregui. Porque fue su valedor, su más fiel protector y la persona que más sabía sobre ellas, las campanas, esos instrumentos voz de los fieles y medio de comunicación de los pueblos. Esta vez no tocarán a fiesta, a Ángelus, a fuego, a tentenublo, a concejo,... No, tocarán a muerto, ese toque lento, pausado y repetitivo que reverbera en el aire y se cuela por nuestros oídos enmudeciendo el alma. Hoy más que nunca, las campanas “llorarán” la muerte de Patxo, el que las tocó con sus manos, las mimó y descubrió en ellas sus secretos. Poca gente sabe que Patxo recorrió todos y cada uno de los campanarios alaveses. De vez en cuando acudía a reconocer alguna campana que le resultó esquiva en su momento aunque prácticamente ninguna de ellas quedó fuera de su labor investigadora. Para ello dedicó gran parte de su vida a recorrer, de forma totalmente altruista, las iglesias alavesas creando una base de datos con el historial de cada una de ellas. Además aprendió a escucharlas y a reconocerlas de la mano de los campaneros que las tocaban. Y también a estudiar su fabricación siguiendo a los fundidores de campanas a través de los archivos históricos y colaborando con los pocos fundidores que se resisten a abandonar este oficio. Ahí queda su legado escrito que no el de su memoria que se ha ido con él para siempre.

Antes de embarcarse en esta historia de las campanas comenzó muy joven a vincularse al ambiente del folklore, desde su Gasteiz natal, recorriendo todos los pueblos alaveses y vascos. Como dantzari perteneció al “Oldarki”, grupo que el año 2005 celebró su 50 aniversario con diferentes

actos, la publicación de un libro y una exposición en los que, cómo no, Patxo participó activamente. También colaboró con los grupos de danzas de “Txirinbil”, de “Ilargibetea” de la Diputación Foral de Álava, y de “Araba Dantzarien Biltzarra”. Su afición a la danza y a la música no se limitó a practicar el baile y los toques de instrumentos tradicionales sino que se dedicó a investigar sobre ellos. Su olfato descubridor de tradiciones perdidas o a punto de extinguirse nos ha legado danzas, letras, músicas, y costumbres que hoy nos parecen suficientemente conocidas pero que hace 30 o 40 años hubieran desaparecido de no ser por la perseverancia y el trabajo desinteresado de Patxo y otros como él. Los pueblos de Salinas de Añana, Kuartango, Aiala, Zuia, Llanada Alavesa, Kanpezo o Rioja Alavesa, donde participó en la recuperación de muchas danzas, están en deuda con él.

Su carácter inquieto también le llevó a conocer los secretos de la cerámica tradicional, sobre todo con los últimos alfareros alaveses de los cuales aprendió la teoría y la práctica. Junto al querido Federico Garmendia aprendió en su taller. Ambos formaban un tándem, Federico torneando las piezas y Patxo decorándolas al estilo de nuestra tierra. Muchas jarras de cofradía, cálices de iglesias o platos conmemorativos, siguiendo modelos tradicionales, han salido de sus manos para quedarse con nosotros y convertirse en parte de nuestro patrimonio a conservar.

Aunque su forma de investigar le hacía ser excesivamente cauto a la hora de divulgar sus conocimientos, su bagaje curricular se mide más por las colaboraciones o iniciativas prácticas que por sus publicaciones. Colaboró con revistas etnográficas como Ohitura y, últimamente con la revista Askegi y con la Asociación Cultural Arkiz. Miembro del Seminario Alavés de Etnografía y del grupo Etniker-Araba, no faltaba a sus reuniones y actividades aportando su buen hacer y sus conocimientos.

Todos echaremos de menos a Patxo, ese investigador que todo lo preguntaba pero sin molestar y con una sonrisa que impedía decir que no, pidiendo siempre permiso y poniéndose a la altura del entrevistado. Interesado por el más mínimo detalle, su conversación amable y sus ansias de conocer nunca se agotaban. De igual manera, no se retraía a la hora de dar a conocer sus conocimientos, sin pedir nada a cambio. Su altruismo y su escaso afán de protagonismo le hacían todavía más grande. Donde hubiera una fiesta o una celebración popular allí estaba Patxo. Aparecía sin avisar, nunca llamando la atención, siempre en segunda fila. Por eso contaba con tantos amigos y conocidos. Hombre comprometido con el saber popular, sabía ganarse a las personas con ese don de gentes que sólo está al alcance de muy pocos. Granjearse su amistad ha sido un lujo para todos los que hemos tratado con él. Su compañía era una puerta abierta a muchas personas y lugares que de otra manera nos hubieran estado vetados o hubieran sido más difíciles de flanquear.

Su inesperada pérdida nos ha llenado de tristeza a todos. No creo que haya nadie que le conociera que no se apene por su muerte, ni siquiera las

campanas que, aunque sean objetos inanimados, seguro que dedicarán los toques en su honor para que perduren en nuestra memoria. Creemos que ése sería el deseo de Patxo.